Homilía por el día de los Fieles Difuntos

P. Philip Bochanski
2 de noviembre del 2021

Un amigo mío falleció el viernes pasado.

Patrick era un artista que manejaba todo tipo de técnicas: dibujaba, pintaba, tomaba fotografías, escribía poemas. Era muy talentoso y, desde luego, mucho de lo que creó nació de su corazón. Fue un trabajador incansable, dedicó los últimos años de su vida al cuidado y diseño de jardines y, muchas veces, pasó por dificultades para ayudar a los demás. Tenía un sentido del humor particular y era una persona muy graciosa y agradable con la cual conversar.

Por supuesto, Patrick no solo fue mi amigo. Muchos miembros de la familia *Courage* y *EnCourage* lo conocieron directa o indirectamente. Por muchos años ayudó a nuestro querido padre Harvey llevándolo a reuniones, ayudándolo con necesidades sencillas y personales, especialmente en los últimos años en que la fuerza y la salud del padre Harvey iban disminuyendo. Siempre asistía a nuestras conferencias y, a menudo, leía las *Cinco metas* por el micrófono cuando comenzábamos el evento. Se mantenía en contacto y se unía en oración con muchos miembros y capellanes de manera regular, incluso diariamente.

Patrick fue también una persona que sufrió mucho. Falleció de una enfermedad terrible que le generaba quistes fibrosos en los pulmones y, en los últimos años, le fue muy difícil respirar. Finalmente, esto le generó una neumonía de la cual no pudo recuperarse. Por muchos años, también

padeció de otras enfermedades emocionales y mentales que, a menudo, le hacían perder el sentido de sí mismo y, en ocasiones, constituían obstáculos en sus relaciones humanas. Sufrió abuso sexual por parte de un sacerdote, lo que tuvo un gran peso en su alma y afectó su relación con los sacerdotes, la Iglesia y Dios de maneras que difícilmente puedo imaginar.

Cuando supe que Patrick había fallecido, no estoy seguro de lo que pensé o sentí al principio. Sin embargo, al poco tiempo comencé a darme cuenta de que, al haber muerto, Patrick estaría ya gozando de la mayor y más auténtica libertad, paz y alegría que haya experimentado en mucho tiempo, al menos en décadas o incluso durante la mayor parte de su vida.

La muerte, si bien es una tragedia, también es misericordia. Después del pecado original, Dios Nuestro Señor dijo a nuestros primeros padres que uno de los resultados de ese pecado sería la muerte, que en polvo nos convertiríamos. Creo que no lo dijo tanto para imponernos un castigo, sino para anunciarnos cómo son ahora las cosas. A causa del pecado humano, el mundo ya no es más el paraíso. Por el pecado humano —y milenios de pecados humanos— el mundo está quebrantado. Esta ruptura afecta nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras almas, nuestras relaciones, la manera en que pensamos y actuamos.

No podemos quedarnos para siempre en un mundo quebrantado. Por eso Dios, en su misericordia, nos llama a que volvamos a Él, nos llama a salir de este mundo hacia el mundo en que habremos de verlo cara a cara. Y el proceso de nuestra muerte nos libera de todo el quebrantamiento de este mundo.

El cuerpo de Patrick ya no está devastado por la enfermedad. Las enfermedades mentales, la ansiedad y el miedo, ya no agobian más su mente. Patrick finalmente tiene la oportunidad de obtener verdadera justicia, la última palabra del Señor sobre todas las cosas terribles que le sucedieron y que lo devastaron por tantas décadas. Patrick ha recibido la misericordia de Dios y, en este día que conmemoramos a los fieles difuntos,

oramos para que cada uno de nuestros seres queridos, amigos, y todos nuestros hermanos en Cristo, todos los fieles difuntos, reciban esa misma paz, justicia, y libertad, que viene de la misericordia de Dios, incluso en nuestra muerte, particularmente en nuestra muerte.

Pero esta no es una homilía de canonización. Patrick sería el primero en decir: «será mejor que recen por mí cuando muera». Él sabía que cometió pecados que necesitaban ser perdonados, era consciente de los castigos temporales asociados al pecado, de las cosas que nos atan a este mundo y que necesitan ser purificadas. Estoy seguro de que, si le hubieran preguntado a Patrick, poco antes de morir, a dónde esperaba ir, hubiese dicho, «*al Purgatorio*». Él hubiese deseado tener una oportunidad para que se completara esa purificación, para estar lo más preparado posible para ver al Señor cara a cara.

Hoy rezamos para que la misericordia de Dios les permita a los fieles difuntos purificarse totalmente y liberarse completamente de todo aquello que los ata a esta vida, para que estén totalmente abiertos y disponibles, y sean plenamente capaces de recibir la gracia, el gozo y la paz que vienen de la visión beatífica, del encuentro eterno, cara a cara, con Dios. Oramos para que su purificación sea rápida, para que tengan la fortaleza para soportarla y la esperanza necesaria para perseverar.

Personalmente, creo que el purgatorio de Patrick será mucho más corto que el mío porque vivió gran parte de él aquí mientras estaba vivo. Sufrió de muchas maneras y ese sufrimiento le enseñó a desapegarse de las cosas de este mundo. Conversé bastante con él en los últimos años y hay una cosa que sé: estaba preparado para morir. No lo digo de manera morbosa, sino con la seguridad de que Patrick confió en la misericordia de Dios y en los sacramentos de la Iglesia. Él sabía que la muerte le traería una libertad que nunca experimentó en este mundo.

El Día de los Fieles Difuntos nos recuerda que necesitamos prepararnos para nuestro momento final en la tierra, [que la muerte] es solo el inicio de nuestra

vida con Dios. Le pedimos al Señor que nos ayude a ver cada sacrificio y sufrimiento de esta vida como parte de nuestra preparación para recibir todos los dones que nos quiere dar cuando alcancemos nuestra patria final con Él en el Cielo, porque estaremos desapegados, en este mundo, de todo lo que no sea Él. Esperemos que podamos hacer la mayor parte de nuestro Purgatorio aquí y que nuestra purificación después de la muerte sea rápida y que comencemos a vivir, tan pronto como sea humanamente posible, la vida para la que fuimos creados, a la que estamos destinados y a la que nos llama nuestro Dios de Amor. Esa vida de reconciliación, gracia, paz y amor que nos espera a nosotros y a todos los fieles difuntos, después de nuestra muerte aquí en la tierra, para que podamos vivir eternamente en el cielo.